

Destinos heredados: discursos de pérdida territorial en Estados postcoloniales en el Pacífico: Perú y las Filipinas (1903-1928)

Jorge Bayona
University of Washington

Entre 1903 y 1928, las élites de Lima y Manila se movilizaron en torno al tema de la defensa de su amenazada integridad territorial. La creación de una administración militar estadounidense autónoma para las regiones de mayoría musulmana y pagana en el archipiélago de Sulu y el Mindanao meridional y central fue seguida de discusiones sobre la separación permanente de dichos territorios de las Filipinas o su anexión por la recientemente llegada potencia colonial.¹ Alrededor de aproximadamente el mismo periodo, las élites peruanas en Lima (e Iquitos) también manifestaron su rechazo a la posibilidad de desmembramiento territorial, en su caso, de las vastas extensiones selváticas a lo largo de las orillas del río Putumayo que podrían terminar en manos de la vecina república de Colombia.² Las enormes distancias que separan al Perú de las Filipinas, así como la diferencia en condición política entre una república independiente y lo que aún era una posesión colonial parecen impedir cualquier estudio comparativo útil entre ellos. Sin embargo, en esta ponencia propongo que precisamente aquellas vastas diferencias resultarían útiles cuando los procesos son analizados a través del prisma de un discurso común, al que denomino *destino heredado*.

El nombre de este concepto es un juego obvio con la noción de *destino manifiesto* empuñado por algunos sectores en los Estados Unidos. Los territorios reclamados bajo la lógica del destino heredado son *heredados* en la medida en que el único título que tienen las nuevas repúblicas a ellos se derivan de haber sido reclamados por el Estado colonial predecesor, haciendo de aquellas una *herencia*; y son un *destino* porque a pesar de la falta de control efectivo o verdadera comunidad cultural con aquellos territorios y pueblos, su *destino* es ser asimilados a los nuevos Estados y ser gobernados desde las nuevas metrópolis. Ya que en el fondo, en las zonas marginales lo que se está heredando del amo colonial no son *territorios* en sí, sino solo *pretensiones territoriales*, el destino heredado es un tipo de discurso que justifica una expansión de estilo imperial por Estados nominalmente no imperiales, con una importante disimilitud: a diferencia de la potencialmente ilimitada

¹ Peter Gowing, *Mandate in Moroland: The American Government of Muslim Filipinos, 1899-1920*. Quezon City: University of the Philippines System. 1977. 167-314; Patricio Abinales, *Making Mindanao: Cotabato and Davao in the formation of the Philippine Nation-State*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press. 2000. 17-44.

² Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú*. Lima: Ediciones Historia. 1961-. v. 8, 3604-3605, v. 9, 4036, 4066, 4068.

expansión de los poderosos imperios estadounidense y europeos, las ambiciones territoriales de estas repúblicas postcoloniales tenían que ser mucho más modestas y, sobre todo, demarcadas por anticipado. En principio, tan solo deseaban consolidar lo que entendían que *ya les pertenecía*.³ Debido a las contradicciones inherentes a las premisas sobre las que se basa el discurso del destino heredado, sus manifestaciones concretas también mostrarán contradicciones irresolubles, que buscaré enfatizar.

He escogido comparar el Perú y las Filipinas, no a pesar de la enorme distancia que las separa, sino precisamente debido a ella. El obtener conclusiones fructíferas de dos casos en regiones muy distintas del globo sugeriría que el concepto de destino heredado es genuinamente útil para analizar los discursos de territorio y soberanía en los Estados postcoloniales. Los resultados de un análisis comparativo dentro de una única región siempre corren el riesgo de descubrir un fenómeno que podría solo ser válido dentro de dicha región. Al hacer un estudio transpacífico evitamos esa posibilidad y abrimos las puertas a una mayor integración de las historias de los pueblos ‘periféricos’.

Finalmente, deseo señalar que la bibliografía tradicional en ambas regiones frecuentemente ha oscurecido el tema al enfocarse en las historias políticas y legales de las relaciones entre los diferentes imperios europeos y sus maniobras por el control y demarcación de territorios y límites de sus posesiones de ultramar. Incluso, con frecuencia ha tomado los entendimientos mutuos o tratados entre ellos firmados al pie de la letra. De este modo, el tratado de San Ildefonso de 1777 que estableció el límite entre España y Portugal en la Amazonía se funde con la realidad, así como el reconocimiento holandés y portugués al reclamo español sobre las Filipinas. Esta es una tradición que intento subvertir en el presente trabajo.

Historización de la diferencia

Hay una muy larga historia de representación de los habitantes de Sulu-Mindanao y el Putumayo como diferentes e inferiores por parte de las culturas metropolitanas. Desde el periodo colonial, los indios amazónicos fueron representados como salvajes infieles y violentos que rechazaban los generosamente ofrecidos beneficios de la religión cristiana y la

³ Véase, por ejemplo, Gustavo Ponz Muzo, *Las fronteras del Perú: historia de los límites*. Lima: Ediciones del Colegio San Julián. 1962: 34; donde escribe con toda seriedad que pese a su naturaleza ignota, los territorios selváticos *ya estaban* bajo la autoridad del virrey del Perú.

civilización occidental. Incluso se les acusaba del tropo común para los más abyectos: el canibalismo. Se puede decir lo mismo respecto de los moros y paganos de Mindanao y Sulú, que también fueron representados como salvajes perversos que insistían en practicar el Islam u otras creencias no-cristianas. Y en lugar de que su condición abyecta se manifestara con el canibalismo, los moros la demostraban por el rapto y esclavización de los filipinos cristianizados. Se hizo una clara división entre ‘civilización’ y ‘salvajismo’, en la cual los compatriotas nominales de las zonas marginales claramente estaban en el lado opuesto.⁴

Tanto los filipinos metropolitanos como los moros estaban muy al tanto de esta división. Los artículos de la prensa de Manila frecuentemente enfatizaban estas diferencias. Al oponer ‘filipino’ –y no, digamos bisaya o luzonero– con ‘moro’, los filipinos letrados metropolitanos sugerían que estos realmente no pertenecían a la ‘comunidad filipina’, convirtiéndolos así en una presencia foránea. Es más, la prensa manileña incluso recurría al peyorativo *morito* y celebraba las victorias estadounidenses sobre estos.⁵ Por su parte, también hay numerosos testimonios de moros que también implementan una división entre sí mismos y los ‘filipinos’.⁶

Una vez que habían sido clasificados como ‘diferentes’ del resto de la sociedad metropolitana, lo que venía después era decidir qué hacer con ellos. Es cierto que, a diferencia de los estadounidenses, las élites peruanas y filipinas no consideraron seriamente el exterminio o el establecimiento de ‘reservaciones’ como la solución a estos problemas. Esto ciertamente no obedecía exclusivamente a razones humanitarias, sino a cuestiones más pragmáticas o políticas. Con la crónica falta de mano de obra llevando a prácticas laborales como el *enganche*, aquellos que buscaban expandirse hacia el destino heredado del Perú no podían prescindir de la mano de obra potencial de los indios selváticos. Como señal del grado al cual se les entendía como diferentes de los indios altoandinos que ya habían sido asimilados en posición subalterna en la sociedad peruana, los barones del caucho peruanos en el Putumayo recurrieron a la esclavización, castigos físicos, violaciones e incluso matanzas

⁴ García Jordán, *Cruz y arado. Passim*; Gowing, *Mandate in Moroland*. 10-14. Michael Stanfield, *Red rubber, bleeding trees*. 52-56.

⁵ Para la oposición entre ‘filipino’ y ‘moro’, véase *El Renacimiento*, 31 de diciembre de 1903, 5 de marzo, 14 de abril y 24 de mayo de 1904, así como *The Manila Times*, 5 de septiembre de 1903. Para el uso de ‘morito’, véase *El Renacimiento*, 24 de mayo, 29 de agosto, y 14 y 15 de noviembre de 1904. El más claro ejemplo de celebración tagala respecto de la derrota de los moros está en *El Renacimiento*, 1 de junio de 1904.

⁶ *Manila Times*, July 29, 1904. Emphasis mine. “¡Las Filipinas!”, exclamó el sultán con impaciencia. ‘Yo no soy parte de las Filipinas ni son mi gente filipinos. He vencido a los filipinos en guerra, una y otra vez. (...) No éramos parte de las Filipinas como para que nos cedieran’.”

punitivas de los indios de la selva.⁷ En buena medida, los indios andinos podían considerarse seguros de estas medidas excepto en las circunstancias más extraordinarias.

A diferencia del Perú, en las Filipinas a lo largo del siglo XX la carestía era de tierra en lugar de mano de obra, de manera que las vastas y ‘deshabitadas’ tierras de Mindanao resultaban atractivas para los colonos filipinos cristianos que tenían pocas tierras propias. Sin embargo, ya que la raza sería usada para argumentar la unidad de los moros y paganos con los filipinos metropolitanos,⁸ no podían hacer un llamamiento por el genocidio de sus hermanos más ‘primitivos’ que les permitiera hacerse con la totalidad de las tierras disponibles. El argumento ‘racial’ resultaba cierto, además, en la medida en que los pueblos moros esclavizadores frecuentemente formaban vínculos matrimoniales con sus cautivos o los asimilaban al punto que los secuestrados de antaño se volvían esclavistas ellos mismos.⁹ El genocidio básicamente estaba fuera de las opciones, pero serían las ‘leyes de la historia’ las que se harían cargo de los ‘salvajes’ y abrirían camino para la colonización de Sulu-Mindanao por parte de los filipinos ‘civilizados’.¹⁰

En cualquier caso, las élites de Lima y Manila asumieron el discurso de ‘proceso civilizatorio’ que emanaba de otras capitales coloniales como Londres, París o Washington DC. La *mission civilizatrice* peruana preservaba mucho de su etos colonial, a través del uso continuado de misioneros católicos que intentaban convertir a los indígenas y reducirlos a un estilo de vida sedentario, y de mercaderes que harían que los indígenas se volvieran dependientes de los productos occidentales y estuvieran dispuestos a participar en trabajo remunerado.¹¹ Entre tanto, tanto Manila como Washington DC estaban de acuerdo en que los moros y paganos tenían que ser ‘civilizados’, pero discrepaban respecto de a quién le correspondía tal tarea. Los filipinos esperaban gobernar los territorios musulmanes desde Manila –empero bajo la tutela de soberanía estadounidense– y así lentamente ‘hacer avanzar’ a los moros hacia la ciudadanía con medidas como el sufragio limitado. Con los estadounidenses firmemente en la posición de poder, sin embargo, inicialmente sacaron a los filipinos de la ecuación y se dedicaron a una reforma militar completamente secular de la provincia mora para ‘civilizarla’, que fue una tarea que frecuentemente consideraron que

⁷ Stanfield, *Red Rubber*. 39-62, 131-178.

⁸ *El Renacimiento*, 18 de agosto de 1905. Véase también Manuel L. Quezon y Camilo Osias, *Governor-General Wood and the Filipino Cause*. Manila: Manila Book Company. 1924. 9-12.

⁹ Warren, *The Sulu Zone*. 198-211.

¹⁰ León María Guerrero in *El Renacimiento*, June 17, 1904. Véase también la columna de Vicente Nepomuceno en *El Renacimiento*, 12 de septiembre de 1904.

¹¹ García Jordán, *Cruz y arado*. 61-159.

requería prevenir intromisiones por parte de los filipinos cristianos.¹² Fue recién a partir de mediados de la década de 1910 que los filipinos metropolitanos empezaron a participar del ‘proceso civilizatorio’ de los moros.

Las disputas por el Putumayo y Sulu-Mindanao

A diferencia de los imperios europeos para los cuales la pérdida de territorio colonial podía ser entendida como lamentable, pero parte natural del proceso imperial,¹³ Manila y Lima no podían darse el lujo de asumir una actitud tan displicente al tratarse de territorios considerados como parte de su destino heredado. Después de todo, al haber sido este previamente demarcado en mapas hacía que las pérdidas en una zona no pudieran ser recuperadas en otra. Por ejemplo, la retórica del destino heredado está claramente manifestada en este discurso de enero de 1922 del político filipino Camilo Osías:

Nos oponemos irrevocablemente a cualquier intento de desmembramiento del territorio filipino. Queremos que se preserve la integridad de nuestro país a cualquier costo. No queremos una república independiente de Luzón y las Bisayas al lado de unas Filipinas del Sur controlada por los Estados Unidos. QUEREMOS UNA REPÚBLICA DE LAS FILIPINAS ENTERAS. *Recibimos este país como un legado de nuestros predecesores. Debe ser nuestra determinación mantenerla y preservarla como uno, compacto y unido, bajo la inspiración de un pasado histórico y un destino común y transmitirlo de generación en generación en toda su integridad.*¹⁴

Todos los elementos claves de este tipo de discurso se encuentran presentes en este pequeño pasaje. Su territorio es heredado (‘legado de nuestros predecesores’, ie, el Estado colonial bajo España) y tienen un ‘destino en común’. Tal como lo prescribe la lógica de destino heredado, se entiende que todo el territorio denominado ‘las Filipinas’ por los españoles ya le pertenece a Manila –incluyendo Sulu-Mindanao– y que su desmembramiento sería interpretado como una pérdida irremplazable. Países como el Perú y las Filipinas no pueden

¹² Abinales, *Making Mindanao*. 17-44. Gowing, *Mandate in Moroland*. 43-76.

¹³ El que la derrota española en 1898 hubiera provocado una grave crisis nacional probablemente se deba más a haber perdido en un instante prácticamente la *totalidad* del imperio de ultramar que le quedaba, lo cual era una síntoma triste de su larga decadencia. Por otra parte, la resolución pacífica del incidente de Fashoda en el Sudán entre Francia y el Reino Unido en el mismo año muestra que pese a la importancia estratégica del territorio en cuestión, no fue suficiente para inflamar sentimientos verdaderamente nacionalistas.

¹⁴ Quezon and Osías, *Governor-General Wood*. 191. Las mayúsculas son el énfasis del autor, la cursiva es énfasis mío. Véanse también *El Mercantil* en *Manila Times*, June 17, 1926 y la editorial de 1906 en *La Vida Filipina*, en Gowing, *Mandate in Moroland*, 205.

conceptualizar una expansión más allá de sus destinos heredados. Por tanto, cuando sus reclamos sobre el Putumayo o Sulu-Mindanao se vieron amenazados en el primer tercio del siglo XX, sus respectivas élites ilustradas y económicas se aseguraron de manifestar su desaprobación. Las opciones disponibles, sin embargo, estarían condicionadas por sus status respectivos como entidades políticas.

Para 1903, las situaciones en el Putumayo y Sulu-Mindanao diferían significativamente entre sí en cuanto a soberanía. Mientras que el reclamo peruano sobre el Putumayo era disputado por sus vecinos, los únicos obstáculos que se le interponían a la hora de hacer cumplir militarmente sus pretensiones territoriales ante la creciente presión colombiana eran los obstáculos logísticos y geográficos que separaban la metrópoli de su colonia. Este no era el caso para las Filipinas. Al asumir Estados Unidos el papel de nuevo amo colonial al derrotar a los españoles en 1898, el ejercicio de autoridad por parte de los filipinos cristianos en Sulu-Mindanao no solo tenía que enfrentarse a su propia difícil geografía, sino también habría de contar con la aquiescencia estadounidense. Cuando estos instalaron el gobierno militar sobre la provincia mora en 1903, esta fue una separación administrativa entre los territorios ‘metropolitanos’ (pero subalternos) y marginales ante la cual las élites ilustradas filipinas solo podían protestar por medio del discurso.

En ambos casos, surgieron desafíos ‘desde dentro’ de los límites imaginarios de sus naciones. Las amenazas domésticas en el caso de las Filipinas provinieron de las élites musulmanas de Sulu-Mindanao quienes, con el apoyo o simpatía de agentes estadounidenses, le solicitaron al gobierno estadounidense o bien la separación permanente de las Filipinas o su anexión aparte a Estados Unidos en 1910, 1913, 1921 y 1924.¹⁵ En el caso peruano, las amenazas internas también provinieron de las élites locales compuestas por los colonos que habían migrado a Iquitos y se habían beneficiado del comercio cauchero. Había habido el precedente de la rebelión de 1896 liderada por el cuzqueño Mariano José Madueño, y en 1921-1922 se dio la rebelión del capitán de ejército Guillermo Cervantes.¹⁶ Si bien es cierto que estas rebeliones nominalmente proponían una relación federal entre Lima e Iquitos, los antecedentes y paralelos de los casos de Tejas o Acre deben haber resultado demasiado preocupantes para las élites limeñas.

¹⁵ Gowing, *Mandate in Moroland*. 251-252, 254, 311. *Manila Times*, 24 de Agosto de 1910, 17 de Agosto de 1921, 10 de febrero de 1924. Hay incluso otra solicitud en 1935, más allá del campo cronológico de este estudio. Véase R. J. May, “The Wild West in the South.” 126.

¹⁶ Basadre, *Historia de la República*. v.7 3087-3091, v.8 3985-3986. *West Coast Leader*, August 13, 1921.

Al no poder recurrir a la violencia contra la dirigencia islámica proto-secesionista, la élite letrada filipina los atacó por medio de la prensa. Los líderes musulmanes que apoyaron estas iniciativas fueron acusados de estar pagados por los estadounidenses, de carecer de autoridad entre los habitantes musulmanes mismos, y de solo oponerse a la integración con el resto de las Filipinas ya que ello significaría el fin de la poligamia y esclavitud.¹⁷ La otra táctica a la que tuvieron que recurrir fue la de ensalzar la unión entre filipinos metropolitanos y aquellos del territorio a ser asimilado bajo la lógica del destino heredado. Para empezar, hubo un cambio de nomenclatura: para 1910, la dicotomía entre el ‘filipino’ y el ‘moro’ (o ‘*morito*’) de inicios del siglo XX se había transformado en ‘filipinos cristianos’ y ‘filipinos moros’.¹⁸ El uso de ‘hermanos’ y ‘compatriotas’ se convirtió en un punto común de la prensa filipina en un intento por crear una retórica de la unidad.¹⁹ Las supuestas simpatías moras hacia las Filipinas eran atribuidas a los enormes esfuerzos de los filipinos cristianos por ‘civilizar’ a sus ‘hermanos’ musulmanes por medio de colegios y postas médicas.²⁰ Pero pese a supuestamente estar hablando en nombre de sus ‘hermanos musulmanes’ a lo largo de varias décadas, fue recién hacia 1924 que la prensa filipina metropolitana pudo presentar a líderes moros que apoyaran la unidad con Luzón y las Bisayas.²¹

El otro tipo de amenaza que enfrentaron Filipinas y Perú a la ejecución de su destino heredado provino ‘desde fuera’. Como se señaló inicialmente, la creación misma de la provincia mora se volvió en sí misma una amenaza latente de pérdida territorial que provocó las reacciones inmediatas de la élite filipina.²² Los motivos detrás de la medida de los administradores estadounidenses parecían sospechosos, especialmente una vez que se hizo claro que el Ejército estadounidense se disponía a permanecer en el área por un periodo muy extendido, en contraposición de lo que se suponía que sería una administración significativamente más breve del resto del país. Las tensiones se exacerbaban cuando

¹⁷ *La Democracia*, August 30, 1910. Gowing, *Mandate in Moroland*. 254. See also the *El Debate* and *El Ideal* editorials in the *Manila Times*, August 22, 1921; the *El Debate* editorial in the *Manila Times*, August 30, 1921; the *El Debate* editorial in the *Manila Times*, February 13, 1924; the *La Defensa* editorial in the *Manila Times*, February 18, 1924; and the *La Opinión* editorial in the *Manila Times*, June 30, 1926.

¹⁸ *La Democracia*, 2 de septiembre de 1910.

¹⁹ Véase *La Vanguardia* en *Manila Times*, 19 de agosto de 1921; *Philippines Herald* en *Manila Times*, 30 de enero de 1924; *El Debate* en *Manila Times*, 1 de febrero de 1924; *La Defensa* en *Manila Times*, 18 de febrero de 18, 1924; *El Comercio* en *Manila Times*, 19 de febrero de 1924; *Philippines Herald* en *Manila Times*, 25 de febrero de 1924.

²⁰ Misión Parlamentaria Filipina, *Nuestra demanda de libertad*. Manila: Bureau of Printing. 1923. 125.

²¹ *Philippines Herald* in *Manila Times*, February 25, 1924. Emphasis mine. See also, *Manila Times*, March 2, 1924.

²² Bonifacio Salamanca, *The Filipino Reaction to American Rule, 1901-1913*. Hamden: Shoe String Press. 103-104; Abinales, *Making Mindanao*. 17-44.

empresarios estadounidenses afincados en Mindanao o políticos en Washington DC también propusieron la separación permanente de Sulu-Mindanao o su anexión como territorio desorganizado de los Estados Unidos en 1905, 1909 y 1926. Por su parte, la amenaza al destino heredado peruano provino de la vecina república de Colombia. Esta estaba muy lejos de ser una potencia como Estados Unidos. De hecho, aunque el Perú todavía estaba lidiando con las secuelas de la guerra del Pacífico, Colombia había recientemente pasado por la guerra de los mil días. De ser necesario, ambos países podían combatir de igual a igual.

Cada una de estas amenazas ameritaba su propio tipo de respuesta. Tal como se mencionó, el Perú podía utilizar la fuerza militar en el Putumayo de encontrarlo pertinente, tal como lo hizo en 1911, cuando descubrió una guarnición colombiana en la margen derecha del río Caquetá, dentro de lo que consideraba su destino heredado. En el conflicto de La Pedrera, las tropas y barcas peruanas pudieron aprovechar las ventajas logísticas que les daba su base en Iquitos para desalojar a las fuerzas colombianas.²³ Todo el conflicto se enmarcó dentro de una percepción de un destino heredado amenazado, tal como se ve claramente en la prensa limeña cuando se describe al Perú como “rodeado de graves dificultades externas, constantemente amenazado en su integridad y en su derecho.”²⁴

Circunstancias como las pretensiones ecuatorianas y brasileñas en la región, así como las limitaciones logísticas que impedían una solución militar total a las ‘intrusiones’ colombianas, sin embargo, eventualmente llevaron a que el gobierno de Leguía considerara una solución diplomática a la disputa de límites. Esta se realizó en 1922, con un tratado que ‘cedió’ la mitad septentrional del Putumayo a Colombia y un corredor al Amazonas. Cuando se reveló el tratado al público peruano en 1927, los miembros de las élites letradas que se aferraban a la totalidad de su destino heredado tuvieron que recurrir a la única opción disponible a sus contrapartes filipinos: el discurso público.

En cuanto a las Filipinas, se convirtió en un tropo el cuestionar las motivaciones detrás de los intereses estadounidenses por desmembrar Sulu-Mindanao del resto del archipiélago. Lejos de cualquier interés en ‘proteger al moro del filipino’, los estadounidenses fueron acusados de solamente estar interesados en los vastos recursos naturales del territorio.²⁵ Y pese al hecho de que enormes trechos de Mindanao jamás habían sido

²³ Basadre, *Historia de la República*. v. 8. 3602-3605. *El Comercio*, 4, 7-10, 13 y 14 de agosto de 1911.

²⁴ *El Comercio*, 7 de agosto de 1911.

²⁵ Fidel Reyes, "Aves de Rapiña" tal como aparece en *Manila Times*, 15 de enero de 1910. Véase también *La Democracia*, 2 de septiembre de 1910; *El Debate* en *Manila Times*, 1 de febrero de 1924; *Philippines Herald* en

gobernados desde Manila, la lógica del destino heredado motivó a estos nacionalistas a asumir la preexistente unidad nacional entre sus pueblos y que tal territorio ya les pertenecía, de manera que sus propios reclamos por ‘conquistar’ los mismos recursos naturales de Sulu-Mindanao con olas de colonos filipinos cristianos sí era considerado legítimo.²⁶ Estas y otras contradicciones del discurso del destino heredado fueron señaladas por la prensa estadounidense en Manila, que argumentaba que los filipinos exigían auto-determinación para sí mismos, pero se la negaban a los moros y otras minorías religiosas.²⁷

Pese a que la retórica anti-colombiana tras el incidente de La Pedrera de 1911 fue notablemente limitada en medio de las celebraciones jingoístas de la victoria militar,²⁸ los peruanos también recurrieron a maniobras retóricas para cuestionar las motivaciones tras las aspiraciones territoriales colombianas en la selva amazónica. *El Comercio* sugirió que los grandes obstáculos que separaban a los colombianos de la zona en disputa era un factor que deslegitimaba sus pretensiones en la zona.²⁹ Sin embargo, las constantes loas al estoicismo de los rudos soldados peruanos que habían superado *los mismos obstáculos naturales* demuestran lo falaz de tal argumentación. De hecho, unas cuantas semanas después del encuentro, se informó que la mayoría de los soldados peruanos que habían tomado la posición colombiana habían caído enfermos, y que serían reemplazados por personas del departamento de Loreto, quienes sí serían capaces de resistir el clima de tales regiones. Esto constituye un reconocimiento tácito de que las fuerzas militares peruanas eran igual de foráneas a la zona como sus contrapartes colombianas.³⁰ Como se puede ver por las contradicciones retóricas de los casos peruanos y filipino, la inconsistencia es parte integral del discurso del destino heredado.

Este discurso era tan fuerte entre los peruanos (y especialmente los colonos de la Amazonía) que incluso el proto-secesionista capitán Guillermo Cervantes tuvo que incluir el supuesto deseo de Leguía de venderle la región del Putumayo a Colombia como una de las causas de su revuelta de 1921.³¹ Cuando tal espectro se materializó en 1927, muchos peruanos también se opusieron a la ‘cesión’ del territorio a Colombia, entre ellos estudiantes

Manila Times, 14, 15, 18 y 21 de junio de 1926. *La Opinión* en *Manila Times*, 14 de junio de 1926; *The Tribune* en *Manila Times*, 22 de junio de 1926.

²⁶ Gowing, *Mandate in Moroland*. 253. *The Tribune* en *Manila Times*, 18 de junio de 1926.

²⁷ *Manila Times*, August 20, 23, 31, 1921, February 3, June 28, 1924

²⁸ Véase *El Comercio*, 7, 9 y 14 de agosto de 1911.

²⁹ *El Comercio*, 23 de agosto de 1911.

³⁰ *El Comercio*, August 28, 1911.

³¹ *West Coast Leader*, 10 de septiembre de 1921.

universitarios y muchas organizaciones regionales con base en Iquitos. El mismo hecho de que uno de sus líderes principales fuera Julio C. Arana, el director de la infame *Peruvian Amazon Company*, quien nació en San Martín –una zona que pese a ser de la ceja de selva podría de todos modos argumentarse pertenecía al Perú metropolitano– ejemplifica cómo aquellos que lucharon por preservar la región del Putumayo en el Perú no eran los habitantes nativos mismos, sino más bien colonos relativamente recientes que esperaban preservar su acceso a los recursos. De cierto modo, estas élites regionales estaban enfrentándose a una desposesión ‘desde arriba’ de su propia versión subalterna del destino heredado, en la cual Lima hacía las veces de Washington DC y el Putumayo constituía su Sulu-Mindanao. Pese a ello, la oposición al tratado de límites de 1922 también se dio en las más altas esferas de la política limeña, como fue el caso del candidato presidencial Germán Leguía, quien arremetió contra el tratado defendido por su primo, el presidente Augusto Leguía.³²

Tanto los alegatos filipinos como peruanos por preservar su ‘integridad territorial’ podrían ser difíciles de reconciliar con los hechos al mirarlos de manera superficial. Ni Lima ni Manila jamás ejercieron jurisdicción realmente efectiva sobre las tierras que corrían el riesgo ‘de perder’. La lógica del destino heredado, sin embargo, nos permite encontrarle sentido: todo territorio entendido como heredado del predecesor colonial *ya les pertenece*, pese a cualquier hecho que refute tal suposición, incluyendo la hipotética ‘voluntad de los pueblos’ involucrados. Ninguno de las partes que maniobraba por posicionarse en y posesionarse de estos territorios realmente tomó este factor en consideración. Aunque los funcionarios estadounidenses a veces también argüían que la razón detrás de la implementación de la provincia mora era proveerle protecciones a la población musulmana y evitar que fuera explotada u oprimida por los filipinos cristianos, también asumía que eran incapaces de autogobernarse.³³ No se diferencian mucho de los filipinos, quienes contra argumentaban que de hecho lo que más le convenía a los ‘filipinos no-cristianos’ era ser gobernado por sus ‘hermanos más avanzados’ en lugar de los estadounidenses.³⁴ Como es claro, a la voluntad de los moros mismos se le prestaba escasa atención, mientras que la de las tribus paganas ni se discutía, sea en Filipinas o Perú. En este sentido, los funcionarios filipinos y estadounidenses se habrían mostrado de acuerdo con los comentarios de Clemente

³² Basadre, *Historia de la República*. v.9, 4068, 4036.

³³ Gowing, *Mandate in Moroland*. 206.

³⁴ *El Renacimiento*, 18 de agosto de 1905. Véase también *Philippines Herald* en *Manila Times*, 30 de enero de 1924 y Misión Parlamentaria Filipina, *Nuestra demanda de libertad*, 123-128.

Palma respecto del tratado de límites de 1922: “La fórmula del plebiscito no procedía con los aborígenes, los monos y los loros.”³⁵

Conclusiones

En el transcurso de esta ponencia hemos intentado señalar las contradicciones inherentes al discurso del destino heredado. Los territorios reclamados por las élites en las capitales –Manila y Lima– existían en dos estados opuestos y contradictorios: al mismo tiempo *ya les pertenecían y estaban por conquistar*. Es en este sentido que pueden reclamar que otras naciones o Estados estaban vulnerando su ‘integridad territorial’, pero al mismo tiempo proponer vastos proyectos de exploración o colonización a realizar por habitantes metropolitanos. La enorme ola de migración cristiana a Mindanao en los años posteriores a la segunda guerra mundial, así como la migración metropolitana peruana a la Amazonía en el mismo periodo de tiempo –en parte bajo el evocador eslogan gubernamental de ‘la conquista del Perú por los peruanos’– son la materialización de tales deseos. En este modo, ambos representan empresas imperiales medianamente exitosas realizadas por Estados republicanos.

Los nativos del territorio sobre el cual se aplicó la retórica de destino heredado también existían en dos estados contradictorios. Eran simultáneamente ‘filipinos’ o ‘peruanos’, pero tampoco eran considerados como tales. Ambas élites reclamarían ser los legítimos protectores de estos pueblos, mientras que al mismo tiempo rechazaban sus experiencias y les negaban una ciudadanía significativa. Es dentro de esta esfera de contradicción que los manileños podían regodearse con noticias de la matanza de moros por parte de fuerzas estadounidenses, o los limeños podían hacerse de la vista gorda con la esclavización y genocidio de los selváticos, mientras que al mismo tiempo se enorgullecían por sus esfuerzos por construir escuelas en Sulu-Mindanao o por buscar enjuiciar a los ‘criminales del Putumayo’. Y aun así, fue recién en la década de 1920 que las élites filipinas empezaron a considerar permitirles un sufragio limitado a los moros, e incluso ello fue propuesto como medio para asegurar su permanencia dentro de las Filipinas. En el Perú, aquellos que eran analfabetos en la lengua española recién recibieron el derecho al voto en 1980. La persistencia de violencia entre musulmanes y cristianos, y entre tribus amazónicas y colonos, en estas áreas son también un síntoma de este proceso de expansionismo republicano dentro de la demarcación propuesta por la retórica de destino heredado.

³⁵ Basadre, *Historia de la República*. v. 9. 4070.

En general –y probablemente sin percatarse de ello del todo– estos dos Estados asumieron y ejecutaron la misión expansionista de su antiguo amo colonial, pero dentro de las pretensiones territoriales *heredadas* de España. En aquellos territorios que ya eran propiedad pero no habían sido conquistados aún, las élites harían un esfuerzo por cumplir su *destino*, muchas veces en perjuicio de los nativos que eventualmente se enfrentarían a una amenaza más grande de sus ‘compatriotas’ republicanos que jamás habían enfrentado por parte de ‘extranjeros imperialistas’.

Periódicos

El Comercio (Lima)
El Renacimiento (Manila)
La Democracia (Manila)
Manila Times (Manila)
West Coast Leader (Lima)

Bibliografía

Abinales, Patricio. *Making Mindanao: Cotabato and Davao in the formation of the Philippine Nation-State*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press. 2000.

Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima: Ediciones Historia. 1961-.

Edgerton, Ronald B. *People of the Middle Ground: a century of conflict and accommodation in Central Mindanao, 1880s-1980s*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press. 2008.

Howard T. Fry, "The Bacon Bill of 1926: New Light on an Exercise in Divide-and-Rule," *Philippine Studies* 26:3 (1978): 257-273.

García Jordán, Pilar. *Cruz y arado, fusiles y discursos: La construcción de los orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos. 2001.

Go, Julian and Anne L. Foster (eds.), *The American Colonial State in the Philippines: Global Perspectives*. Durham: Duke University Press. 2003.

Hawkins, Michael. *Making Moros: imperial historicism and American military rule in the Philippines' Muslim south*. DeKalb: NIU Press. 2013.

Ileto, Reynaldo. *Magindanao, 1860-1888: the career of Dato Uto of Buayan*. Ithaca: Southeast Asia Program, Cornell University. 1971.

Gowing, Peter. *Mandate in Moroland: The American Government of Muslim Filipinos, 1899-1920*. Quezon City: University of the Philippines System. 1977.

Majul, Cesar. *Muslims in the Philippines*. Quezon City: Published for the Asian Center by the University of the Philippines Press. 1973.

Misión Parlamentaria Filipina, *Nuestra demanda de libertad*. Manila: Bureau of Printing. 1923.

Montero y Vidal, José. *Historia general de las Filipinas desde el descubrimiento de dichas islas hasta nuestros días*. Madrid: M. Tello. 1887-1895.

Ponz Muzzo, Gustavo. *Las fronteras del Perú: historia de los límites*. Lima: Ediciones del Colegio San Julián. 1962.

Quezon, Manuel L. y Camilo Osias, *Governor-General Wood and the Filipino Cause*. Manila: Manila Book Company. 1924.

Salamanca, Bonifacio. *The Filipino Reaction to American Rule, 1901-1913*. Hamden: Shoe String Press.

Stanfield, Michael. *Red rubber, bleeding trees: Violence, slavery, and empire in northwest Amazonia, 1850-1933*. Albuquerque: University of New Mexico Press. 1998.

Turner, Mark, R.J. May y Lulu Respall Turner (eds.), *Mindanao: Land of Unfulfilled Promise*. Quezon City: New Day Publishers. 1992.

Warren, James. *The Sulu Zone, 1768-1898: the dynamics of external trade, slavery and ethnicity in the transformation of a Southeast Asian maritime state*. Singapore: National University of Singapore Press. 2007.

Weber, David. *Bárbaros: Spaniards and their Savages in the Age of Enlightenment*. New Haven: Yale University Press. 2005.